

Jurien no habría firmado por deferencia hacia nadie, un acto que «habría desautorizado con sólo consultar su corazón».

Además, trató de justificar la violación de aquellos tratados diciendo que «Juárez la había provocado con la pasión con que había multiplicado sus ataques contra los aliados» Eso era materialmente falso: la ruptura se había producido únicamente por la presencia de Almonte en el campo francés y por haberse negado Jurien á hacerle salir de él.

Y el resto era por el estilo. Rouher quiso cubrir sus malos argumentos, cuya debilidad no podía desconocer, bajo una fraseología aparatosa: «Las pasiones se apagarán, vendrá el día en que hable la posteridad. Entonces, si alguien toma la pluma del historiador, dirá: Fué un hombre de genio aquél que, á pesar de las resistencias, de los obstáculos y de los desfallecimientos, tuvo valor para abrir fuentes de prosperidad nueva á la nación de que era jefe (*Aplausos*); fué el apóstol de una política atrevida, pero previsora y sabia, aquél que reconoció que el equilibrio europeo no está ya en los Alpes, ni en los Pirineos, ni en el Ponto Euxino, sino que abraza el mundo entero, y que tan grandes intereses deben ser objeto de la solicitud de Francia, por más lejos que tenga que ir á protegerlos el pabellón francés. Sí, sí, esta página será gloriosa!» (*Aplausos prolongados*).

Aunque era costumbre conceder la palabra después de que hablaba un ministro, la asamblea no quiso oír la réplica de Julio Favre. «No queréis escuchar la verdad» exclamó Thiers; y sólo cuarenta y siete voces protestaron contra una política que las tres cuartas partes de los miembros de la asamblea desaprobaban en el fondo de su corazón. Entre esos cuarenta y siete se contaban algunos miembros de la mayoría, cuya adhesión al emperador no podía ser sospechosa: Larrabure, el barón de Herlincourt, Parieu, padre, Leclerc d'Osmonville y Masséna, duque de Rívoli.



CAPITULO V.

La aceptación de Maximiliano.

I

«El nuevo gobierno de México, había dicho Rouher en la sesión del 27 de enero de 1864, será constituido por la soberanía nacional, que es el principio vital del gobierno francés. Si la nación mexicana adopta la forma republicana, respetaremos su voto; si prefiere establecer una monarquía, la respetaremos también; pero si adopta al archiduque Maximiliano, esa voluntad nacional será para éste la mejor clientela.»

Veamos cómo esas promesas fueron cumplidas. Bazaine había remitido las actas de adhesión obtenidas por medio de su leva electoral. ¿Podían esas actas ser consideradas como una manifestación del sufragio universal? Bazaine mismo contestó á esta pregunta al escribir al emperador: «Estas adhesiones *no son el resultado del sufragio universal*... pero no por eso dejan de ser la expresión de la voluntad de la gran mayoría de los *Estados manumisos*, porque el elemento indio que habita los campos sigue siempre al elemento mexicano que habita los centros principales. La raza india no ha sido jamás consultada sinceramente por ningún partido, bajo el pretexto de que carece de inteligencia. Para convertir á los indios en *gentes de razón*, habría que cambiar en un instante la organización del país. ¿Ni cómo establecer aquí listas electorales cuando no existe el estado civil? Pero, aunque estoy convencido de que esas actas de adhesión representan la voluntad de las *gentes de razón* de México, y de que el archiduque puede sin remordimiento apoyarse en dichas actas, he preparado un plebiscito y no abrigo la menor duda acerca del resultado del voto.»

Así, las adhesiones no provenían más que de los *Estados manumisos*, es decir, de la ínfima minoría de los Estados mexicanos, y en esos Estados no se había consultado la voluntad de los indios. Por lo demás, las aseveraciones de Bazaine acerca de éstos no eran exactas; porque los indios habían tomado parte en todas las elecciones gubernamentales después de la Reforma, y era más falso aún que el indio Juárez les considerara como *gentes sin razón*.

El emperador, siempre leal, porque en toda ésta desgraciada empresa no se engañó, sino que fué constantemente engañado, pensó también que estas adhesiones falsificadas no podían ser tomadas por una expresión del sufragio universal, y ordenó que se procediera á un verdadero plebiscito. En consecuencia, una nota de la Regencia á las autoridades locales prescribió la convocación del pueblo para el domingo siguiente á la recepción de dicha nota. Debían tenerse preparados dos registros: uno para el *sí*, otro para el *no*, y cada elector debía inscribirse en uno ú otro de esos registros. Esa era la forma opresiva y desleal de plebiscito contra la cual París, después del 2 de Diciembre, habría protestado, si no se hubiese renunciado á ella. Pero ni ese miserable plebiscito pudo verificarse.

Bazaine había vuelto de su afortunada expedición militar con la convicción de que el país estaba conquistado, pacificado. Sin embargo, los ejércitos de Juárez no estaban tan dispersos como él decía en su jactancia. Los generales mexicanos, Porfirio Díaz, Doblado, Uruga, no sintiéndose en condiciones de luchar á campo raso con tropas aguerridas, se limitaban á provocar escaramuzas, huyendo luego que se veían expuestos á una batalla en forma. Porfirio Díaz se había replegado al Estado de Oaxaca; Uruga, al de Colima; González Ortega, á los de Durango y Sinaloa, cada quien con algunos millares de hombres. Doblado disponía de tres mil en el Estado de Nuevo León y las guerrillas continuaban devastando el país, á pesar de la feroz contraguerrilla organizada por el coronel Dupin. Diariamente se las decía aniquiladas, pero al día siguiente se las veía resurgir tan numerosas como la víspera.

Había ciertamente desfallecimientos y cobardías en el partido liberal: algunos jefes subalternos se pasaban al enemigo y otros vacilaban y se negaban á obedecer; pero Juárez, que, solo, representaba á la Patria, no se doblegaba, y nada podía de-

cirse terminado mientras él permaneciese inquebrantable. Y él retrocedía, pero no capitulaba, estando cierto de que un día la justicia tomaría el desquite y de que, tarde ó temprano, el invasor sería derribado y expulsado.

Dió por entonces una prueba singular de vigor y de autoridad. Vidaurri, gobernador de Coahuila y de Nuevo León, le había intimado, después de una conversación de cuarenta minutos, que saliese de Monterrey y se había apoderado de una batería que había sido llevada para hacer los honores al presidente. Juárez dió orden á las fuerzas de Doblado y de González Ortega, de que sofocaran la rebelión. Vidaurri quiso parlamentar; Juárez se negó á todo arreglo y se manifestó dispuesto á mostrarse indulgente con los que, por temor ó por ceguera, obedecían al rebelde, pero bajo la condición de que se sometieran sin reserva á la ley. Abandonado al instante por la mayor parte de los suyos, Vidaurri logró, con gran dificultad, acompañado de algunos amigos, atravesar el río Bravo y refugiarse en Texas. Juárez volvió á entrar á Monterrey, encontró ahí abundantes recursos, tanto en provisiones como en dinero, y además pudo procurarse otros más importantes entrando en posesión de los productos de la aduana de Matamoros. Y mayor fué todavía el efecto moral de este incidente: levantó el espíritu, próximo á desfallecer, de los defensores de la independencia nacional.

Después de esta especie de resurrección, Almonte y Bazaine juzgaron imprudente continuar los preparativos para el plebiscito. Convinieron en que dejarían todo suspenso hasta la llegada del soberano, quien podría aceptar la situación ó pedir al sufragio universal la sanción del hecho consumado (1). Necesitó Maximiliano estar perfectamente resuelto á no ver lo que aparecía con toda claridad, para aceptar como manifestaciones de la voluntad nacional, actas de adhesión cuya sola disposición material revelaba la superchería (2). Sin embargo, se persuadió ó fingió que estaba persuadido de que había obteni-

1 Montholon á Drouyn de Lhuys, 28 de abril de 1864.—NOTA DEL AUTOR.

2 Se fijaba el número de adhesiones en 6.448.564. Ahora bien, ¿cómo se había podido obtener un número tan crecido de sufragios, en algunos Estados solamente, cuando México entero no contaba más que con..... 8,620.982 habitantes?—NOTA DEL AUTOR.

do la mayoría del pueblo mexicano, libremente consultado, y de que era el elegido de la nación. No le habían elegido más que Forey, Almonte, Saligny, y no era sino un simple aventurero que, con ayuda de armas extranjeras, iba á arrebatarse su independencia á un pueblo libre.

La noticia de que Maximiliano se consideraba como regularmente electo, comunicada por los emigrados, fué recibida con transporte por la Regencia, y hubo una salva de cien cañonazos, y un *Te Deum*, y otras muchas manifestaciones de júbilo.

II

Antes de volver oficial la aceptación, resuelta en principio, el príncipe quiso obtener las garantías indispensables para la integridad y la independencia de su imperio, y ése fué el objeto del viaje que hizo con su mujer, á París (5 de marzo), á Londres (12 de marzo) y á Bruselas (15 de marzo).

En Bruselas, Leopoldo, bajo la influencia de su hija, le repitió las frases estimulantes que le había antes dirigido. En Londres, Palmerston, insistió en las objeciones que había ya presentado y con aire malicioso, aunque indiferente, sin alentarle ni hostilizarle, le deseó buen éxito. Sólo su abuela María Amalia trató de disuadirle de la aventura, y hasta cuentan que le dijo: «Te asesinarán».

En París, al contrario, todo fué fiestas, estímulos, congratulaciones. Almonte y Bazaine acosaban al emperador: «Que venga el príncipe, escribían por cada correo, y las dificultades desaparecerán al punto y el país pacificado renacerá á la prosperidad» (1) El emperador, convencido y deseoso de salir del avispero en que se le había metido, triunfó de las últimas vacilaciones del príncipe. Se le trató desde luego como soberano; se entró con él en arreglos, como si ya hubiese subido al trono, acerca de las relaciones financieras y militares de ambos imperios, por medio de convenciones rubricadas, á las cuales sólo faltaba la autorización diplomática, que se les daría después de

6 Almonte al emperador.—NOTA DEL AUTOR.

la aceptación oficial; se contrató un empréstito eventual de doscientos diez millones al 6 3/4, con una casa inglesa, y de la cual suma ocho millones serían entregados al archiduque, veintisiete distribuidos entre los acreedores ingleses y el resto depositado en la Caja de Depósitos y Consignaciones. Pero en todas las fiestas, á las cuales asistió todo el cuerpo diplomático, se notó la ausencia constante del ministro de los Estados Unidos.

Al regresar á Viena (19 de marzo), Maximiliano fué también tratado como soberano, pero se le pidió que renunciara irrevocablemente y para siempre, sucediese lo que sucediese, á sus derechos á la corona de Austria, hasta extinción de todos los herederos, y además que renunciara á los bienes muebles é inmuebles de la casa imperial, así como á todos sus derechos y pretensiones sobre la fortuna particular de los miembros de su familia. Maximiliano reclamó, dijo que sólo accedería á una renuncia condicional, mientras fuese emperador de México, y después de una escena violenta, se negó á firmar. Su anciano padre aprobó su conducta: el jueves santo, después de haber comulgado, le dijo: «Has hecho bien en no firmar; si yo no hubiese abdicado, si todavía perteneciera á este mundo, en pleno Consejo habría hablado en contra de lo que se te quiere imponer». La archiduquesa su madre añadió: «No es posible que tu hermano haya leído esa acta!» y fué á ver á Francisco José, esperando hacerle desistir de su empeño. Francisco José fué inflexible. Las relaciones de los dos hermanos se habían enfriado por una sospecha: se acusaba á Maximiliano de haber pensado en constituirse una soberanía independiente en Lombardía, y de intrigar con el mismo objeto en Hungría. Maximiliano, furioso y desolado, partió para Miramar (25 de marzo). Francisco José, muy contrariado por su parte, envió á Rechberg para que rogara á Gramont que telegraficara á Napoleón III para que interviniera en que su hermano firmara las actas de renuncia. «Será éste un inmenso servicio que el emperador Napoleón hará al emperador Francisco José» decía Gramont, autorizado para transcribir esas palabras (1) Napoleón III no tenía necesidad de que se le estimulara; apenas tuvo noticia del contratiempo, en 28 de marzo, telegrafió al archiduque: «Estoy consternado

1 Telegrama del 27 de mayo de 1864.—NOTA DEL AUTOR.

por la noticia que nos llega. Vuestra Alteza Imperial tiene contraído un compromiso de honor conmigo, con México, con los subscriptores del empréstito. Disentimientos de familia no pueden impedir á V. A. I. que cumpla con deberes más elevados. Pensad en nuestra propia gloria. Una negativa me parece ahora imposible» Y el mismo día escribió al rey de los belgas, que se encontraba en Londres: «Cuento con la autoridad y con la alta inteligencia de V. M. para salvar este obstáculo y hacer que la partida del príncipe sea lo más pronta posible. Cada instante de vacilación compromete en todas partes la posición de S. A. I.» Envió también al Gral. Frossard á Viena y á Miramar.

Llegado Frossard á Viena el 30 de marzo por la mañana, se dirigió luego á casa de Rechberg. «Hay que dejar pasar algunos días, dijo éste, para que desaparezca la dificultad. El archiduque hará lo que debe, sobre todo si el rey Leopoldo, á quien ha escrito S. M. Napoleón III, se lo aconseja. La renuncia es indispensable, no tanto por lo que ve el archiduque personalmente, sino por lo que ve á los hijos que puede tener bajo el clima de México, que, según dicen, hace maravillas. Es preciso evitar que un día jóvenes príncipes nacidos en México, es decir, extranjeros, vengan á disputar la corona de Austria á sus primos austriacos. Las Cámaras exigirán sin duda que el asunto se arregle desde ahora. Y no hay que hablar de una renuncia condicional, porque ¿cómo querríais que Austria aceptara ser gobernada por un príncipe derribado de un trono extranjero?»

Francisco José recibió luego á Frossard y le dijo: «Me aflige lo que pasa, sobre todo porque debe contrariar al emperador Napoleón. Tengo en ello alguna culpa; porque aunque mi hermano sabía, antes de ir á París, que tendría que firmar una renuncia, yo habría debido exigirselas antes de este viaje que le ha comprometido. Obré mal no haciéndolo, y lo lamento. Pero espero que todo se arregle, porque la carta del emperador ayudará á ello.» Habiendo dicho Frossard que en el asunto estaba empeñado el honor de Austria: «Sí, contestó Francisco José, el honor de todos, y es preciso que ello se realice; por eso hago esfuerzos para que mi hermano acepte las consecuencias de su nueva situación con respecto á su país natal» Y como Frossard insinuara que una demostración fraternal, una pro-

mesa afectuosa en previsión de ciertas eventualidades, facilitaría la sumisión de Maximiliano, Francisco José contestó con frases vagas (1). El 31 de marzo, Frossard salió de Viena y se dirigió á Miramar.

Maximiliano había desde luego pensado en convocar á la diputación mexicana, notificarle su excusa y huir después á Roma, para vivir completamente retirado. Pero había aplazado estas resoluciones al recibir el anuncio de una carta de Napoleón III y de la llegada de Frossard, y se había limitado á escribir á Francisco José explicándole su conducta. En esta carta, muy digna, se quejaba de que en el mes de octubre no se le hubiese dicho nada acerca de la renuncia; de que su discurso á los enviados mexicanos, sometido al emperador Napoleón III, hubiese sido aprobado, y de que sólo en enero Rechberg le hubiese hecho verbalmente una insinuación; de que la víspera de su partida hacia París se le hubiese entregado una nota breve y vaga; de que en París había firmado una convención internacional, aprobada sin restricción por su hermano, y contraído un empréstito; en fin, de que se le hubiese dejado comprometerse á fondo, sin saber lo que de él se exigiría. Y pedía á su hermano que suavizase condiciones tan rigurosas é insólitas. Frossard le entregó la carta de Napoleón III, que el archiduque parecía esperar con cierta aprehensión. Se retiró para leerla y volvió luego diciendo que estaba conmovido y se sentía obligado por el lenguaje con que le hablaba un soberano en quien veía más bien á un padre que á un amigo. Refiriéndose al acta de renuncia, después de habérsela dado á leer al general, dijo:—«Mi honor de archiduque y de esposo me obligan á proceder como lo he hecho.»—«Pero, contestóle Frossard, por encima de vuestro honor privado está vuestro honor político, empeñado con el emperador, con Francia y con el mundo.»—«Ya lo sé, replicó Maximiliano, pero no puedo menos de preocuparme por el porvenir de mi mujer y de los hijos que espero tener en México.» La archiduquesa se mostraba tan ofendida como su marido, pero, á pesar de todo, resuelta á convertirse en emperatriz de México, sin cuidarse de sus derechos eventuales á la corona de Austria.

1 De Frossard al emperador, cartas datadas en Trieste, 1.º y 5 de abril de 1864 — NOTA DEL AUTOR.

bía obtenido todas las garantías que podía desear. Prometía además colocar su monarquía bajo la égida de leyes constitucionales, luego que el país estuviese pacificado; que sería un monarca cristiano, y que, antes de tomar posesión del trono, iría á pedir al papa su bendición.

El nuevo soberano ejerció desde luego su autoridad: nombró á Almonte su lugarteniente hasta su llegada á México, y á Hidalgo, Arrangoiz, Aguilar y Marocho, Murphy, embajadores respectivamente en París, Roma, Londres y Viena; ratificó el empréstito contratado en Londres; ordenó el reclutamiento y equipo de dos mil hombres en Austria y dos mil en Bélgica, y firmó finalmente el tratado rubricado en París y conocido bajo el nombre de Convención de Miramar.

Esta convención parecía más bien una capitulación impuesta á un vencido, que una concesión otorgada á un cliente. Le imponía condiciones pecuniarias exorbitantes, superiores á los recursos de su imperio, y que lo condenaban á la bancarrota. Se comprometía, en efecto, á pagar doscientos setenta millones por gastos de guerra hasta el 1^o de julio, y mil francos por hombre y por año para el mantenimiento de las tropas francesas expedicionarias. Estipulaba también: que esas tropas quedarían pronto reducidas á veinticinco mil hombres, comprendida la legión extranjera, y evacuarían á México á medida que el gobierno fuese organizando las fuerzas necesarias para remplazarlas, con excepción de la legión extranjera, de cinco mil hombres, cuya estancia se prolongaría hasta seis años después de la evacuación; que los comandantes franceses no podrían intervenir en ningún ramo de la administración; que las operaciones militares serían concertadas directamente entre S. M. el emperador de México y el comandante en jefe del ejército francés; que una comisión mixta, compuesta de dos franceses y tres mexicanos, se reuniría en México para examinar las reclamaciones de los súbditos franceses, y otra de dos franceses y dos mexicanos residentes en París, procedería á la liquidación definitiva. Además, en artículos adicionales secretos, el emperador Maximiliano se comprometía á sostener los principios y cumplir las promesas contenidas en la proclama de Forey de 12 de junio de 1863, así como las disposiciones dictadas por la Regencia y el general en jefe francés, y el emperador Napoleón, por su parte, á no reducir el actual efectivo del ejército francés

sino gradualmente, de año en año, de manera que en 1867 hubiera todavía veinte mil hombres en México.

Celebrados estos arreglos, el príncipe se retiró á su biblioteca y cayó en un abatimiento tan profundo, que no pudo asistir al banquete dado en honor de los asistentes á la ceremonia verificada por la mañana, y permaneció tres días en ese estado de postración, mientras la princesa, radiante de júbilo, presidía los preparativos del viaje. Por fin, el 14 se embarcó en la *Novara*. En Roma obtuvo cuantas bendiciones quiso, pero ninguna concesión referente al litigio de los bienes de la Iglesia. Pio IX, en una misa celebrada en la Capilla Sixtina, le recomendó, á la hora de la comunión, que respetara los derechos de la Iglesia, que eran los más grandes y los más sagrados, sin dejar de respetar los del pueblo. De ahí levaron anclas rumbo á Veracruz.

Esta partida alivió de grandes preocupaciones á Napoleón III. Creía que, al entrar en escena Maximiliano, sus cuidados disminuirían. Tranquilizado por los informes de Bazaine, consideró como un desenlace feliz lo que no era más que el principio de la tragedia. Sin embargo, todavía tuvo un momento de alarma. La Cámara de los Estados Unidos había votado por unanimidad una resolución contraria al reconocimiento de la monarquía en México (3 de abril) y el ministro de los Estados Unidos en París, Corwin, había partido con licencia.—«¿Nos traéis la guerra ó la paz?» había preguntado Drouyn de Lhuys á su sucesor, Dayton.—«La resolución del Congreso, había contestado este ministro, no ha sido sugerida por el Ejecutivo, que no le ha ratificado ni le ratificará; y el gobierno francés recibirá comunicación oportuna de cualquier cambio que el presidente crea, en lo futuro, conveniente adoptar» Eso significaba claramente: «No estamos actualmente en posibilidad de crearos dificultades; esperaremos tener fuerza suficiente para pensar en eso» La amenaza no era, pues, perentoria, y además, se dudaba del restablecimiento de la Unión. El emperador no dió importancia al incidente y siguió persuadido de que iba á verse libre de la cuestión de México, como acababa de librarse de la de Polonia. Otra cuestión, que estaba á discusión desde hacía tiempo, llegaba á su período de crisis aguda: la de Dinamarca; pero Napoleón no se creía tan interesado en ella como en las otras. La siguió sin inquietud y con-

tinuó trabajando en su *Vida de César*, que había interrumpido el año anterior (1). «El Emperador, escribió Vaillant en su libro de memorias el 8 de abril, me ha dado hoy á leer el prefacio de su *Vida de César*»

IV (2)

En el Cuerpo legislativo, la discusión del presupuesto ocupó todo el resto del período de sesiones. Thiers aseveró lo que nadie ponía en duda: que los presupuestos del imperio eran superiores á los de Luis Felipe, y demostró largamente lo que no era discutible: que ese aumento se debía á los gastos excesivos y simultáneos erogados, en el interior, en obras públicas, y en el exterior, en guerras, é hizo especial mención de la expedición de México.

Rohuer en su contestación (3) sólo se mostró débil al intentar el elogio de esa expedición. Fué elocuente, pero acumuló afirmaciones inexactas é hizo confidencias indiscretas. «A pesar de un fracaso pasajero, dijo, á pesar de inevitables lentitudes, de murmuraciones injustificadas, de severas censuras, de críticas apasionadas y hasta de innobles calumnias, después de combates gloriosos, de entradas triunfales y de la *pacificación general del país* (1), hemos seguido el camino que nos habíamos trazado. El soberano no ha experimentado ninguna laxitud, ningún desaliento, ni se ha precipitado. Ha continuado su obra, tal como la meditara desde el principio. Esta obra era el derrocamiento del hombre que se había atrevido á ultrajarnos; era la satisfacción que exigían los intereses de nuestros nacionales, el restablecimiento de la paz y del orden, la reorganización administrativa, hacendaria y militar de una nación por largo tiempo desdichada; era lograr que, *en el libre ejercicio de la voluntad nacional*, eligiera, *por medio del sufragio*

1 *Memorias de Maury*.—NOTA DEL AUTOR.

2 Este párrafo lo he formado con fragmentos del capítulo siguiente de *El Imperio Liberal*.—NOTA DEL TRADUCTOR.

3. Sesión del 10 de marzo de 1864.—NOTA DEL TRADUCTOR.

universal (!!) el gobierno que debe regirla. Sí, Dios bendecirá esta conquista de la civilización, y el pueblo mexicano aclamará, en el mismo arranque de gratitud y de entusiasmo, al emperador Maximiliano y al emperador de los franceses.» En medio de los aplausos repetidos, Glais-Bizoin, con su voz de corneja, lanzó este lúgubre graznido: «El emperador Maximiliano ha sido impuesto como los Borbones en 1814: tendrá la misma suerte que ellos; es preciso esperarlo»

